

*Salvador Bernabéu Albert:*  
El gran norte mexicano.  
Indios, misioneros y pobladores:  
entre el mito y la historia<sup>1</sup>

*Belén NAVAJAS JOSA*

Debo decir que cuando me pidieron que realizara la reseña del libro que nos ocupa, abordé la tarea con sumo gusto, puesto que *El gran norte mexicano* es una de las últimas publicaciones aparecidas sobre la frontera novohispana, mi tema de tesis doctoral. Por tanto, se trata de un tema que me interesa personalmente, y procurar estar al día de las últimas investigaciones y opiniones es algo inevitable. El libro contiene diez trabajos de diferentes autores sobre el norte de México, un territorio de fronteras imprecisas, y aborda aspectos como la producción historiográfica, las relaciones misioneros-indios-pobladores y el análisis de conceptos clásicos en la historia de la frontera como *misión* o *bárbaro*. Todos estos estudios reflejan la importancia y vigencia de la frontera norte de Nueva España y sus protagonistas en el mundo académico.

Los trabajos pueden agruparse en dos temas fundamentales. Por un lado, las relaciones entre españoles e indios y, por otro, las relaciones entre misiones y misioneros, a los que se añaden dos artículos finales, uno sobre la figura de José de Escandón, militar y empresario cántabro que colonizó el Nuevo Santander, cuya autora es Patricia Osante, y otro sobre el concepto del término *bárbaro* entre los autores de la Ilustración española, del profesor Jiménez Núñez, que analiza las incomprensiones y prejuicios en las relaciones entre indios y españoles, algunos de los cuales se han mantenido hasta la actualidad, abordando el apasionante tema de la dificultad de comprender al otro. Desgraciadamente,

---

<sup>1</sup> BERNABÉU ALBERT, Salvador, *Título*, Sevilla, CSIC, 2009.

como bien señala este autor, no es posible conocer la visión de los indios sobre los europeos —y ni siquiera sobre sí mismos—, puesto que no existe una producción escrita propia. Por las páginas de este estudio aparecen personajes ilustrados, como el político José de Gálvez, su sobrino Bernardo de Gálvez —virrey de Nueva España de 1785 a 1786— o Teodoro Croix, sobrino del virrey marqués de Croix, que, con el tiempo, él mismo llegaría a ocupar el virreinato de Perú. Todos ellos consideran que existen maneras de salir de la barbarie: la evangelización y la educación. Jiménez hace una interesante referencia al ingeniero Nicolás de Lafora —quien realizó una inspección por los presidios del norte con el marqués de Rubí entre 1766 y 1768—, en cuyo diario realiza una crítica —algo poco común— a la actuación de los soldados españoles e incluso muestra su admiración a los métodos guerreros apaches.

Es más, dentro de este intento de comprender al otro, tarea que no fue frecuentemente abordada por los pobladores, creo conveniente señalar este párrafo del documento «Noticias y reflexiones», por lo que tiene de original y la relación que guarda con este artículo. Se trata de un escrito anónimo que data de finales del siglo XVIII —en mi opinión, su autoría podría atribuirse a Bernardo de Gálvez y el original consultado en el Museo Naval de Madrid es posiblemente copia de Antonio de Pineda:

«Los españoles acusan de crueles a los Indios: yo no sé, que opinión tendrán ellos de nosotros: quizá no sera mejor, y sí mas bien fundada; lo cierto es que son tan agradecidos, como vengativos, y que esto ultimo debíamos perdonarlo á una Nacion, que no ha aprendido Filosofía, con que domar un natural sentimiento, que aunque vicioso es causa heroica, qual este (...) sensible el corazon: sean los españoles imparciales, y conoscan, que si el Indio no es amigo es porque no nos debe beneficios, y que sí se venga es por justa satisfacción de sus agravios» (Noticias y reflexiones c.1790: 247r. Madrid: MN. Ms. 567, Virreinato de Méjico, tomo I, doc. 11).

Otro concepto, aparte del de *bárbaro* que acabamos de comentar, fundamental en cualquier estudio de la frontera novohispana, es el de *misión*. Y es éste el tema que aborda José de la Torre Curiel, lo que le lleva a analizar su desarrollo en el norte entre los siglos XVI y XVIII. En los diferentes estudios sobre la misión existe consenso en considerarla como una de las principales instituciones de frontera en el Imperio español, tal y como planteó Herbert Bolton —uno de los pioneros en el campo de la frontera— desde sus primeros trabajos. Sin embargo, hay posiciones diferentes a la hora de considerar otros aspectos relacionados con la misión, pues existen múltiples modos de abordar los estudios referentes a

esta institución. El autor se detiene especialmente en el caso de California, desde sus primeras fundaciones jesuitas, con los padres Kino, Salvatierra y Piccolo, hasta la amenaza rusa que lleva a José de Gálvez a plantear la expansión por la Alta California, para lo cual contó con la ayuda de fray Junípero Serra y el militar Gaspar de Portolá. Existen, lógicamente, similitudes en las misiones novohispanas, pero el autor concluye que no existió un proyecto misionero único, afirmación en la que coincide con otros historiadores que se han ocupado del tema, como el padre Polzer. Fueron varios los elementos que influyeron en las características de cada empresa —el medio geográfico y las relaciones misioneros-indios, por ejemplo—, que podían llegar a ser muy diferentes en cada contexto.

Christophe Giudicelli analiza las rebeliones indígenas que tuvieron lugar en Nueva Vizcaya a lo largo del siglo XVII en territorios ya ocupados, mientras que Amy Bushnell se centra en el período hispano en la Florida, territorio estratégico para la Corona. Magallanes Castañeda analiza los trabajos publicados sobre las misiones jesuitas de Nueva Vizcaya, así como los diccionarios, catecismos y la correspondencia de esta zona. Los apaches son objeto de estudio de Sara Ortelli y Mathew Babcock. Éste trata sobre los apaches en los últimos veinte años del siglo XVIII. Analiza los motivos que llevaron a que algunos grupos de apaches accedieran a vivir en las reservas —que reciben el nombre de «establecimientos»—, donde permanecen hasta que a partir de 1831, ya en época mexicana, las autoridades militares les retiraron sus raciones. El autor señala como causas la protección frente a otros grupos de indios enemigos y la obtención de beneficios materiales.

Sara Ortelli investiga los documentos elaborados por las autoridades de Nueva Vizcaya durante el siglo XVIII para llegar a la conclusión de que la violencia atribuida a los apaches entre 1748 y 1790 fue exagerada y obedeció a intereses de los pobladores. A partir de 1790 se inició un período de pacificación que se extendió hasta aproximadamente 1830. En el siglo XVIII eran dos los principales enemigos de la Corona española en el norte de Nueva España: el afán expansionista de algunas potencias europeas —Inglaterra, Francia y Rusia— y los apaches, que a su vez estaban siendo presionados por indios de las praderas, que obligaron a su desplazamiento hacia el oeste. Las cartas de las autoridades civiles y militares hablan de la inseguridad originada por los ataques apaches, cuyo objetivo habitual era el robo de ganado, aunque no fueron los únicos causantes de estos ataques, ya que otros grupos formados por españoles, fugitivos y otros indios perseguían el mismo botín —aunque no siempre fueron denunciados o identificados—. Según la autora, una relectura de estos escritos permite

cuestionar que fueran realmente los apaches los únicos causantes de la situación de inseguridad. Analiza por ello el informe que redactó José de Berrotarán, capitán del presidio de San Francisco de Conchos, sobre la situación de los presidios tras aplicar el reglamento que había formulado el brigadier Pedro de Rivera en 1729 como resultado de su viaje de inspección. El resultado es que las autoridades se estaban planteando la capacidad y actuación de los capitanes, que en muchos casos estaban más interesados en un enriquecimiento personal que en cumplir sus funciones militares. Además, las autoridades se plantean la supresión de algunos presidios, ya innecesarios por encontrarse en zonas pacificadas. Una relectura permite deducir que existe «un entramado de intereses personales y corporativos que se veían socavados por la creciente injerencia de la autoridad real sobre los dominios americanos». Por tanto, la guerra contra los apaches favorecía los intereses de muchos —capitanes, terratenientes y mineros— y era incentivada. Se trata de un planteamiento interesante y fundamentado. Es decir, sin negar la existencia de ataques apaches continuados desde, por lo menos, el siglo XVII —aunque muy posiblemente los ataques se remontaran a tiempos muy anteriores, como aparece registrado en la memoria colectiva de los indios pimas, por ejemplo—, a este grupo le interesa transmitir la sensación de inseguridad para evitar el recorte presupuestario, la desaparición de presidios y la intromisión de la autoridad, acciones que claramente perjudicaban sus intereses económicos. Debo añadir que se trata de una cuestión que me resulta especialmente interesante, ya que la planteé en mi tesis doctoral, en un capítulo relacionado con la política presidial llevada a cabo en la Pimería durante el siglo XVIII, particularmente tras el levantamiento pima de 1752.

Llegados a este punto me gustaría comentar con más detenimiento dos artículos que he dejado para el final, pues, a mi parecer, resultan controvertidos. Los escritos hasta ahora comentados aportan estudios estrictamente académicos, con puntos de vista interesantes y trabajos fundamentados que ponen de manifiesto la vigencia de los estudios de la frontera norte de Nueva España, por parte de autores no sólo estadounidenses. Y puesto que Bernabéu y Hausberger van más allá de las conclusiones académicas para entrar en consideraciones, a mi juicio, personales y subjetivas, casualmente relacionadas con mis investigaciones, creo mi deber entrar a contestarlas.

Bernabéu, el coordinador de la presente publicación, analiza la historiografía de la época y de los últimos años sobre la Compañía de Jesús en el noroeste —Sinaloa, Sonora, California y Nayarit— producida en torno a las relaciones entre jesuitas, colonos e indios, analizando los métodos y perspectivas de los

investigadores. Señala el autor que el estudio en profundidad de las *cartas annuas* permite deducir que no todos los jesuitas que desarrollaron su actividad en la frontera novohispana fueron capaces de cumplir a la perfección el papel que les había sido encomendado, percepción opuesta a la mitificación de que, en su opinión, han sido objeto los hombres de la Compañía. Respecto a la mitificación sería necesario matizar, pues muchos investigadores se han alejado de la corriente prohispana y projesuita iniciada por Bolton. Señala Bernabéu que los relatos que se conservan están fragmentados, por lo que se ha tendido a la homogeneización de indios y misioneros, y sostiene que la mayor parte de los biógrafos tradicionales de los misioneros han ensalzado en exceso su labor de defensa de los indios, sin tener en cuenta que actuaron gustosamente como agentes de la Corona, colaborando en la expansión del Imperio. Frente a esta afirmación, es posible argumentar que efectivamente los jesuitas actuaron como tales agentes, puesto que no existía alternativa: fue necesario entrar en el sistema, a pesar de las reticencias que muchos mostraron, para evangelizar el continente americano. Un ejemplo claro es la postura de la Compañía en el Paraguay, donde la fundación del sistema de reducciones supuso una oposición al sistema de encomiendas que representaba intereses coloniales. O los ataques calumniosos a los que tuvo que hacer frente el padre Kino a lo largo de sus veinticuatro años de permanencia en la Pimería, que obedecían precisamente a su postura encontrada a los intereses de mineros y propietarios de haciendas. Para entrar en América, los jesuitas no tuvieron otra opción que formar parte del sistema colonial —de otra forma no habrían podido establecerse en el nuevo continente—, pero había formas diferentes de participar: hubo misioneros sumisos y otros que se opondrán enérgicamente a lo que no consideran justo del sistema. Estos misioneros permanecieron fieles a la Compañía y a la Corona, pero se negaron a aceptar ciertos aspectos de la organización colonial y tomaron partido por la defensa de los derechos de los indios, a pesar de las consecuencias y de que, en muchas ocasiones, quedara en entredicho su buen nombre.

Otra afirmación controvertida de Bernabéu, refiriéndose a los escritos de los misioneros jesuitas, es que la lectura de sus escritos «educa» y «embauca» a los historiadores actuales con la misma fuerza que en los siglos XVII y XVIII. En mi opinión, todos los investigadores sabemos que debemos aproximarnos a la lectura de estos textos con las reservas propias del contexto y el optimismo que caracteriza a sus autores.

En la misma línea se desarrolla el artículo del alemán Bernard Hausberger, cuyo objetivo es plantear un repensamiento de la historia de las misiones y de la Compañía de Jesús en particular, dentro del marco de la historia global. Considera que la historiografía ha estado dominada por los enfoques de la historia nacional desde el

siglo XIX, lo que ha desvirtuado la naturaleza histórica de las misiones jesuitas, que, por el contrario, tenían un carácter universal. El padre Kino se convierte en el hilo conductor de «cómo las historiografías nacionales han reinterpretado la dinámica globalizadora que parte de la religión monoteísta como sistema y de la Iglesia católica como instrucción». Sin embargo, la elección de Kino como figura conductora de sus teorías no parece del todo acertada, pues critica de manera sistemática todas sus actuaciones, como veremos seguidamente. Para comenzar, el autor llama la atención sobre el hecho de que en el siglo XVIII son publicadas muchas obras de los jesuitas, un siglo especialmente difícil para la Compañía que terminará con su disolución. En opinión del autor, este gran número de publicaciones es una estrategia para «mejorar su prestigio mediante una ofensiva publicitaria». En este marco se publicarían los *Apostólicos afanes* en 1754, obra en la que se recogen textos del padre José Ortega desde Nayarit y del padre Baltasar desde la Pimería, quien a su vez se había basado en los escritos de Kino. Afirma que es así como nace «un mito, el de un gran matemático y científico que había renunciado a una gran carrera en Europa para servir a Dios y a la fe (...). Todos estos elementos Kino, como hábil propagandista de sí mismo, los había esbozado ya en sus escritos», considerando que fue en esta publicación donde Kino fue ensalzado por vez primera, ya que se le había mirado con recelo al final de su vida. Hay aquí dos afirmaciones que no comparto: que Kino fuera propagandista de sí mismo y que fuera mirado con recelo. Si realmente hubiera sido tal propagandista, no habría estado solicitando continuamente más padres para la Pimería, por ejemplo, y respecto al recelo de sus superiores, por el contrario, son muchas las cartas que se conservan de provinciales, generales y compañeros y militares que le defienden frente a las calumnias y alaban sus cualidades. Es cierto que Kino fue víctima de ataques desde el momento en que llegó a la Pimería, pero, tal y como demuestro en mis investigaciones, se trata en la mayor parte de los casos de calumnias originadas por los intereses de los españoles establecidos en Sonora, acusaciones que, por otra parte, eran frecuentes en otros puntos de América, siempre ocasionadas por los intereses económicos. Está claro que la defensa de los indios y la imposibilidad de obtener toda la mano de obra barata que deseaban los colonos era contraria a sus intereses. Y así en las cartas anuales de mediados del siglo XVIII, el jesuita que redacta presenta la existencia de graves acusaciones, que no especifica, una vez más, con resignación: «Los superiores de México que ya han experimentado a menudo la facilidad con que se levantan contra los nuestros las más enormes imposturas no dieron crédito a éstos aunque tan autorizadas acusaciones»<sup>2</sup>. O el tes-

---

<sup>2</sup> BURRUS, Ernest (ed.), *Misiones norteñas mexicanas de la Compañía de Jesús (1751-1757)*, México, Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, 25, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, Sucs., 1963.

timonio del padre Cañas, que en su informe de 1730 como visitador de Sonora señalaba a los españoles como los instigadores de las calumnias y causantes de que los pimas se volvieran contra los misioneros: «inducidos por malévolos españoles, mulatos, y coyotes ve que abunda la tierra, éstos les escriben o les dictan las cartas contra sus padres... Aquí somos el blanco de las calumnias de los domésticos y extraños... Si damos limosnas que es con interés, si no la damos, que nos quedamos con el sudor y trabajo de los indios, y finalmente nuestro ministerio está tan lleno de espinas, trabajos y persecuciones»<sup>3</sup>.

Los visitadores demostraron la falsedad de las acusaciones. Pero, efectivamente, el nombre de Kino, y el de otros hombres de la Compañía, quedó en entredicho tras los ataques continuados. Calumnia, que algo queda, podríamos decir.

Tras analizar la obra de diferentes autores, dentro del contexto de historiografía nacional, que asignan a Kino el papel de héroe, en palabras de Hausberger, entra en consideraciones de carácter personal y descalificaciones a la figura del jesuita. Así habla de lo que él llama obsesiones y obstinaciones de Kino: sus planes inalcanzables —que podrían considerarse más bien como visión de futuro—, o la pretensión de que la Pimería se convirtiera en la base económica de California —afirmación que me sorprende, pues está demostrado que si no hubiera sido por los excedentes que Kino enviaba desde las misiones pimas a California, las misiones californianas habrían sido abandonadas—. O que el descubrimiento de la peninsularidad de California se convirtió en una obsesión —ante esta afirmación se podría argumentar que el jesuita tenía las ideas claras y era necesario el tesón para demostrar algo radicalmente opuesto a la creencia generalizada—. Y otra afirmación que me sorprende enormemente respecto a este último punto: «Kino tuvo razón, pero parece más bien que fue de forma fortuita». ¿Fortuita? Kino destaca por sus conocimientos científicos y a él debemos los primeros mapas exactos de la zona. Es objetivo afirmar que es el descubridor de la peninsularidad de California y así lo refleja en sus mapas, aunque habrían de pasar todavía muchos años antes del reconocimiento oficial. Por tanto, parece que Hausberger se empeña en privar de todo mérito al jesuita, incluso en aque-

---

<sup>3</sup> CAÑAS, Cristóbal de, 1792: «Estado de la provincia de Sonora, con el catálogo de sus pueblos, iglesias, padres misioneros, número de almas capaces de administración, lenguas diversas que en ella se hablan y leguas en que se dilata; con una breve descripción de la Sonora jesuítica según se halla por el mes de julio de este año de 1730. Escrito por un padre misionero de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España», *Colección de Memorias de Nueva España. Materiales para la Historia de Sonora*, Madrid, RAH, tomo XVI, ff. 104r-130v., original de 1730.

llo en lo que objetivamente obró de manera correcta. Es una postura respetable intentar desmitificar su figura, pero no se pueden negar hechos objetivos y estudios científicos que Kino llevó a cabo. A partir de aquí, el autor entra incluso en descalificativos: sostiene que no muestra la humildad que debía caracterizar a los jesuitas y pone como ejemplo el hecho de que escribiera directamente a los generales, cuando lo habitual era escribir al superior inmediato. Pero olvida señalar que el general Tirso González era su amigo personal desde su estancia en España, justo antes del traslado a América.

En conclusión, el objetivo y punto de vista de Hausberger es interesante, pero a medida que se desarrolla el artículo, se desarrolla también progresivamente una cierta animosidad hacia Kino, el hilo conductor de su planteamiento, llegando incluso a acusarlo de ser obsesivo y buscar el protagonismo. Ciertamente, la figura del jesuita y su personalidad han despertado el interés de muchos investigadores. Eusebio Kino era impulsivo, entusiasta y seguro de sí mismo, un hombre práctico, justo y con una gran fe. Quizás su entusiasmo no fuera siempre comprendido y el éxito de sus misiones se convirtió en causa de envidias entre alguno de sus compañeros. Pero otros muchos le admiraban. Y su sentido de la justicia es preciso entenderlo dentro del contexto: no siempre era posible esperar órdenes —es necesario tener en cuenta la inmensidad geográfica de Sonora y su lejanía de México—, de modo que en muchas ocasiones o se tomaban decisiones o los problemas e injusticias quedaban sin resolver. Esto se puede interpretar como desacato y, de hecho, de aquí parten las acusaciones del padre Mora, al que el autor también cita como testigo destacado. Considero, sin embargo, fundamental la comprensión del complejo contexto histórico, económico, religioso y social para una correcta interpretación.

Nos encontramos, en fin, ante una obra de plena actualidad que realiza un exhaustivo recorrido por la historiografía de las misiones y la Compañía de Jesús en la frontera novohispana. Por sus páginas van desfilando conceptos y reflexiones fundamentales en el estudio de la frontera —*bárbaros*, misiones, presidios—, así como los protagonistas que dejaron su impronta en la vida fronteriza de los siglos XVII y XVIII: José y Bernardo de Gálvez, los virreyes Croix y Bucareli, el capitán Mange, el brigadier Rivera, el ingeniero Lafora, el marqués de Rubí, José de Escandón y, por supuesto, los hombres de la Compañía —Kino, Salvatierra, Piccolo, Pfefferkorn, Segesser, Alegre, Baltasar, Nentuig, Sedelmayr y Velarde, entre otros—. Son sólo algunos de los muchos hombres que cruzaron el Atlántico para ponerse al servicio de Dios y de la Corona y protagonizar una etapa apasionante de la historia.